

da; el obligado blanco de vuestro celo y esfuerzos. Reanimar la fe, confirmarla, exaltarla, levantar sobre todas las cosas de este mundo, aspiraciones, deseos y esperanzas, encender en los corazones el sagrado fuego del amor de Dios y del prójimo, hacer odioso el pecado, amable la virtud, decidir, en una palabra, á los oyentes por vosotros instruídos á ser en algo mejores y más perfectos, tal es el fin práctico á que ha de ordenarse cada parte de vuestro discurso. Para asestar el último golpe á las almas, vuestra peroración, recapitulando en tono vivo é interesante las verdades que hayáis expuesto, hará un vigoroso, patético y supremo llamamiento á las voluntades que es preciso reducir: *Flectere victoriæ est.*

Por bien compuesto podéis tener el discurso, si después de escucharle, no se contenta el oyente con decir: ¡gran talento! ¡brillante palabra!; sino que deplorando sus errores y pecados, exclama en su interior:—¡Me siento confundido, compadeceos, Señor, de mi miseria! ¡Cuán grande es la religión, y cuán bella la virtud! ¡Ame-mos á Dios sobre todas las cosas! ¡Qué es la vida sino sombra fugitiva y rápido tránsito? ¡Vayamos en busca de la luz y de la patria! ¡Dirijámonos al Cielo!....

CAPÍTULO IX

PASIONES Y CONVENIENCIAS ORATORIAS

Meta es de la elocuencia sagrada, en el trabajo y composición del discurso, impresionar y mover las almas, y dominar las voluntades someténdolas al yugo de la verdad divina y decidiéndolas á la práctica de las virtudes cristianas. ¿Y cómo conseguir esto, si el orador no habla con pasión á las pasiones? La principal de estas en un varón evangélico es el amor de Dios y en consecuencia el celo de su gloria y del bien espiritual del prójimo. Esta pasión dominante, inspirada y guiada por el Espíritu Santo, invade, penetra, agita y exalta todas las demás, y las hace hablar con elocuencia insuperable.

Todo hombre de verdad apasionado, si tiene el don de la palabra, puede conmover y apasionar. Pero, como muy bien nota Fr. Luís de Granada: «de los movimientos relativos á diferentes pasiones del ánimo, unos son propios del orador profano, y otros del predicador evangélico. Aquel se

propone casi siempre excitar los espíritus á compasión é indignación; mas el predicador trata ordinariamente de reducirlos al amor de Dios, esperanza en su misericordia, temor de sus juicios, aborrecimiento del pecado, saludable tristeza, alegría espiritual, estima y admiración de las cosas divinas, menosprecio de sí y del mundo, humildad de corazón y abyección de espíritu (1).

He ahí lo que debéis recabar de vuestros oyentes, y no lo conseguiréis sin que el amor de Dios y de las almas hiera vivamente en vosotros las cuerdas sensibles de la admiración, ternura, compasión, esperanza, deseo, audacia, indignación, tristeza y gozo. Los libros sagrados, particularmente los Salmos, Profetas y Epístolas de San Pablo, ofrecen sublimes acentos de la lira humana, á impulso de la soberana y sobrenatural pasión de amor y celo. Estudiadlos, y procurad imitarlos.

Entonces hablaréis con pasión de las grandes verdades de la fe. Os mostraréis tan convencidos de su divina autoridad, y tan poseídos de su trascendencia, orden, armonía y belleza, que vuestros oyentes, igualmente persuadidos, pasarán de la admiración al entusiasmo, y de este al noble y santo orgullo de la fe, que da al alma cristiana valor para desafiar las olas de las contradicciones y

(1) *Rhetorica ecclesiastica*, V, XIII, § 5.

desprecios é intrepidez para confesar públicamente sus creencias.

Hablaréis con pasión de la bondad y de los beneficios de Dios, del infinito amor manifestado en la encarnación de su Hijo y en todos los misterios do resplandecen las perfecciones, dignación y ternura del Verbo redentor, y obtendréis de los corazones movidos con finezas de tan gran Dios á sus humildes criaturas, un himno de adoración y amor agradecido.

Hablaréis con pasión de la fealdad del pecado é ingratitud del pecador, del triste y lamentable estado del alma despojada de la gracia y mortalmente herida en sus fuerzas vitales, del tiránico imperio y esclavitud de los malos hábitos, de los vicios que envilecen nuestra noble naturaleza nivelándola con los irracionales; y produciréis en las almas pecadoras tempestad de dolorosa indignación, confusión y odio, que se resolverá en firmes y valerosos propósitos.

Hablaréis con pasión de la divina justicia, de la extraña y temeraria seguridad de los que especulan sobre su dilación y parece creen en su eterno sueño. La mostraréis despertando, armada de infinita intuición para sondear entrañas y corazones, de implacable rigor llegada su hora suprema, de sumo poder que con eternos y espantables suplicios castigará el crimen de impenitencia final. Os

responderá la pasión del temor con angustiosas voces, y al temor sucederá ferviente deseo de prevenir con la penitencia el juicio y los enojos de un Dios vengador y justiciero.

Hablaréis con pasión de la inagotable misericordia que aguarda al pecador, va á su encuentro y le sigue por todas las sendas de sus extravíos. Mostraréis esa misericordia abrazando á la justicia en el árbol sangriento de la cruz. Hablarán los dolores, llagas y sangre del Salvador. Se oirán los gemidos y tiernos llamamientos de su corazón á las almas endurecidas, desalentadas, prontas á desesperarse; y en ese corazón ofreceréis á ingratos y pródigos guarida do renazcan á la esperanza y gusten las delicias del perdón.

Hablaréis con pasión de los odios, perfidias y poder del perpetuo enemigo del género humano, el demonio; descubriréis sus lazos y tentaciones; denunciaréis á su abonado y pérfido satélite de iniquidad, el mundo, con su espíritu, máximas, escándalos y seducciones; perseguiréis, en el abismo de la naturaleza humana, las inclinaciones y perversos instintos que de cómplices les sirven; y así, provocaréis en el alma cristiana profunda y constante aversión que la mantenga alerta y en armas contra los infatigables enemigos de su perfección y salvación eterna.

Hablaréis con pasión de la belleza y atracti-

vos de la virtud, ennoblecida y santificada por la gracia de Dios, de las dulces y gloriosas satisfacciones que procura al alma, de su imperio sobre los corazones, de sus saludables influencias en la sociedad, y también de los sacrificios que impone á quienes la desean grande, perfecta ó heroica. Pero especialmente hablaréis con pasión de la divina caridad, que del Cielo recibe inspiraciones y en raudales de beneficios se difunde sobre todas las miserias de alma y cuerpo. Con eficaces estímulos fomentaréis los puros afectos, deseos nobles y santas energías, concentrándolos en la pasión, única y suma, de *bien obrar*.

Hablaréis con pasión de los males y tristezas de la presente vida, de la insuficiencia, fragilidad é insubsistencia de los míseros goces que en este mundo ansiamos. Reanimaréis los corazones que languidecen y sueñan por las criaturas, revelándoles el mundo mejor á donde nos llama y espera el Sumo Bien, fin de todos los males, plenitud de todo goce, eternidad de toda dicha, recompensa magnífica y superabundante de toda virtud y mérito. Por ende inspiraréis al alma pena de su destierro, desprecio de las cosas de este mundo; y todas sus esperanzas y deseos realizarán un sublime *sursum corda*.

En fin, sea cual fuere el asunto que tratéis,

hablad con todas vuestras pasiones á las de vuestro auditorio.

Alguno me dirá: ¿Cómo es posible apasionarse en la composición del discurso, estando solo? Concíbese que el orador, en presencia de atenta muchedumbre, se esfuerce á conmoverla y en patéticos acentos le devuelva el eco de su atención y emociones. Mas en la soledad y silencio de la celda ó gabinete, difícil es evocar pasiones delante del vacío.

No hay tal cosa: el vacío lo podéis llenar, y poblar la soledad, y transformar el silencio en animada conversación. Ya os he dicho en el capítulo sobre el *Don de la Palabra*, que «un hombre de viva imaginación y alma verdaderamente apasionada podía representarse su futuro auditorio, verle, hablarle escribiendo, conversar con él, adivinar sus impresiones y utilizarlas para enardecer su discurso.» Hay un hombre eterno y universal cuyas necesidades, miserias y pasiones debéis conocer; hay también un hombre de vuestro tiempo á quien conocéis empeñado en formidable lucha de errores, prejuicios, ilusiones, seducciones y escándalos, que ponen en riesgo su virtud y su fe, si ya no le han causado mortales heridas. Pues ese hombre eterno y universal, ese hombre de vuestro tiempo, es el que debéis evo-

car y vivificar á vuestros ojos. Miradle de alto á bajo; sometedle á vuestra palabra; cuidad que no huya y se extravíe, llamadle á su interior, y allí, ponedle en presencia de sí mismo y habladle como el Apóstol quiere que se hable: *Insta opportune, importune, argue, increpa, obsecra* (1). No hay, dice un santo abad, predicación más provechosa que esta: *Nulla prædicatio mihi salubrior videtur quam illa quæ hominem sibimet ostendat et foras extra se sparsum in interiori suo, hoc est in mente restituat, atque eum coarguens quodam modo depictum ante faciem suam statuat* (2).

Si me preguntáis como puede expresarse la pasión, os contestaré que de muchas maneras. Hay orador que pone toda su pasión en un razonamiento que vive, se mueve, progresa, se precipita, triunfa y comunica á los que le oyen su profunda convicción. Era, como hemos visto, el modo de Bourdaloue. Otro, como Bossuet, emplea su bella imaginación en pintar las cosas al vivo y darles marcado relieve. Tiene el entusiasmo de la verdad y la virtud, y ese entusiasmo se desborda en magníficos vuelos de su pensamiento, poesía, pompa y sublimidad de lenguaje. En

(1) II Tim., IV, 2.

(2) GUIBERTO, abad de Nogent (tratado *Quo ordine sermo fieri debeat*).

general, y para cuantos hablan en público, se expresa la pasión con exclamaciones, invocaciones, ironía, amenazas, apóstrofe, interrogación, encarecidas instancias, deseos vivamente expresados, súplicas y tiernas adjuraciones.

Pero observad que las exclamaciones é invocaciones demasiado multiplicadas son de mal gusto y se enervan prolongándose; que nada hay más ridículo que una evocación ó prosopopeya mal traída y sin preparación en el discurso; que la ironía, para no lastimar, ha de ser prudente y circunspecta y aludir más á cosas que á personas; que la amenaza os dará aspecto de un furioso, si no es grave y muy basada en la autoridad de Dios, único que no amenaza en vano, porque sólo El es omnipotente.

Cuanto á la interpelación ó apóstrofe é interrogación, contadlas entre los más poderosos recursos pasionales. Os acercan á vuestro auditorio y traban entre vosotros y él una especie de singular combate que da por resultado apoderaros de las almas, y hacerlas pensar, sentir y querer con vosotros y como vosotros. Aunque no hubierais de conseguir esa completa victoria, tened por cierto que interesaréis y animaréis á vuestros oyentes. «La interrogación y respuestas adyacentes son, dice Granada, como diálogo que hace que los ánimos, en vez de cansarse, cual suele su-

ceder, siguiendo el hilo de un discurso impetuoso, hallen agradable alivio en esa variedad. Reanima también su atención, pues, oyendo las dudas y objeciones que el predicador á sí mismo se propone, se le identifican en las mismas dudas y reparos, y con expectación aguardan la respuesta, dejándose por ende atraer y ganar» (1).

Aun más que el apóstrofe y la interrogación, suelen mover y cautivar las almas los deseos expresados con viveza, las eficaces instancias, ruegos y adjuraciones. Es la pasión que sale del corazón para hablar á corazones; es el amor que se va en busca de amor. ¿Cómo no han de sentirse las almas profundamente conmovidas, viendo cuán de verdad las queréis, oyendo los amorosos llamamientos y súplicas de quien en cierto modo se postra ante ellas para pedirles que vuelvan á Dios, se den á El, y en El busquen paz, gozo, honra y gloria, y todos los verdaderos bienes del tiempo y de la eternidad? El amor divino, cuyos acentos perciben y cuyos efluvios sienten en la pasión capital que os anima, triunfa de sus resistencias con más seguridad que el razonamiento más vigoroso y la más espléndida amplificación oratoria. Hacer sentir á las almas que las amáis con pasión, es la última palabra de la elocuencia, la voz del arpa santa

(1) *Rhetorica ecclesiastica*, V, XIII, § 5.

que adormece los malos instintos, infunde en los corazones ternura y docilidad en las voluntades.

Si queréis, pues, ser escuchados, hablad con pasión. Mas no olvidéis que las pasiones oratorias deben ir reguladas por las conveniencias de persona, cosa, tiempo y lugar.

De persona, comenzando por el orador. «No hay elocuencia, dice San Agustín, si no es conveniente la persona del orador: *Nec jam dicenda est eloquentia, si persona non congruat eloquentis*» (1).

La primera conveniencia del orador cristiano es que se muestre cual debe ser: apóstol y varón de Dios.

No es apóstol el predicador que sólo se preocupa de sus miserables condiciones exteriores: rostro agradable y acicalado, manos finas y elegante acción, voz simpática y amanerado énfasis de ciertas frases y palabras, es todo un equipaje oratorio. Agrada á los mundanos y señoras idem, y en cambio extraña y contrista á los oyentes cristianos de veras.

Otro tiene pensamiento claro y terso, sin llegar á sublime. Le viste con decencia, y alguna vez con lujo. Su palabra elegante y armoniosa halaga al oído; se le oye con gusto y él se admi-

(1) *De Doctr. christiana*, VI.

ra en su auditorio que le sirve de espejo. ¡Infeliz! En su vanidad ha recibido el premio.

Aquel otro baila en la maroma de una proposición arriesgada, sin curarse de que á ambas partes tiene abiertos los abismos del error. Frases aventuradas le hacen inclinar á derecha é izquierda; y una palabra feliz le vuelve al equilibrio. Divierte, emociona, y en resumen, su fruto es..... vilipendio de la palabra de Dios.

Tal otro quiere á todo trance, por fas ó por nefas, producir efecto. Hincha, exagera, disfraza la verdad con excentricidades de mal gusto que emboban á simples y necios, mientras él deprava á satisfacción sus ricas facultades.

El de más allá, ensimismado y engolfado en las bellezas que contempla, se encumbra y cierne sobre su auditorio. Causa admiración su vuelo majestuoso y amplio talento. De vez en cuando, piérdenle de vista, y aguardan que descienda, y celebran su aparición. Es un hermoso pájaro. Quiera Dios no se pierda en los altos desiertos de la vanagloria.

Con todo encarecimiento os suplico, oradores cristianos, que no seáis ninguno de estos; sed apóstoles.—El apóstol sólo ve en sí mismo un hilo frágil y vulgar de que el Padre se sirve para atraer las almas á su Hijo. Explota con ardor, en pro de su obra santa, todos los dones de la na-

turalidad y de la gracia. Amor de Dios y de las almas, es su eterna divisa; glorificar á Dios, salvar, perfeccionar, santificar las almas, es su fin: á él va resueltamente y con absoluto olvido de sí propio. Es viento, no se ve, y sin embargo agita, refresca, estremece y arranca. Es luz, no se ve, y ella ve todas las cosas. Es calor, no se ve, y penetra, anima y enardece la sangre. Es electricidad, no se ve, y pulsa los nervios, y al organismo imprime conmociones que le rinden. Si le aclaman hombre de Dios, es para ir á parar al Dios de ese hombre, y más amarle y servirle.

Ved ahí lo que debéis ser y parecer, si habéis de ejercer dignamente el ministerio de la divina palabra. Poco da que estéis rica ó medianamente dotados por naturaleza. Acomodaos á las fuerzas de que disponéis, y no violentéis vuestros recursos. Si os halláis capaces de vestir fuerte armadura, tomadla norabuena; mas si os pesa, contentaos con zurrón y cayado. Lo mismo se derriba al Filisteo con la honda de David que con la espada de Saúl, cuando se combate únicamente por Dios, por su gloria y bajo su santa guarda. El apóstol que cuenta con reducidos medios, no se empeña en excederlos; lo que dice no pasará de ordinario, pero será bueno, entrañable, piadoso, racional, perfectamente inteligible y propio para enseñar, edificar y hacer bien á las almas. Si os

obstináis, queridos míos, en trabajar á lo grande, y (como neciamente se dice) poner vuestra predicación á la altura de los adelantos modernos, os expondréis á decir sandeces que nadie entienda, ni menos vosotros entenderéis.

Examinadas las conveniencias oratorias en la persona del orador cristiano, consideradlas en la persona de sus oyentes. «No á todos convienen los mismos discursos, dice San Gregorio Magno; y hay que adaptar la palabra á las cualidades de los que escuchan: *Non una eademque exhortatio cunctis congruit. Pro qualitate audientium, formari debet sermo doctorum.*» A continuación de este aviso, pone el santo Doctor una larga enumeración de personas á quienes aplica treinta y seis admoniciones, que útilmente podréis leer en la tercera parte del tratado que intitula: *Liber curæ pastoralis*. Apuntaré aquí las más importantes.

Mirad, en primer lugar, que la inmensa mayoría de los auditorios se componen de gente sin ilustración, de medianías, entre las cuales hay algunos buenos talentos en general poco cultivados bajo el aspecto religioso. Todos ellos necesitan palabra clara y enseñanza muy comprensible. Atemperaos á su fuerza intelectual y á su cultura religiosa, y no os elevéis más: *Imperitis altiora præ-*